

## Del verde al amarillo: una incógnita

Es poco lo que se necesita llevar: Mochila con un par de mudas de ropa, bordón o palo, saco de dormir, esterilla, calzado cómodo, vaselina para los pies, agua, papel higiénico y un sombrero para el sol. Los motivos por los cuales me embarqué en esta aventura junto con mi hijo son una incógnita. No sabría cual es la razón, pero me atraía. Quizás todo se deba a los años que pasé destinado en Navarra patrullado como guardia civil por el Camino de Santiago y auxiliando a los peregrinos. Presenciar esa fuerza y ese espíritu fue lo que me motivó para enrolarme en este enigmático Camino.

A mi paso por Pamplona me dirijo a la comandancia para saludar a los antiguos compañeros. Antes, al pasar por las calles del encierro veo a una pareja de peregrinos alemanes que no pueden disimular su miedo. ¡Vaya, sigo observando como si estuviese patrullando!. Dejo atrás la montaña y toca caminar entre viñedos que me conducen a Estella y Logroño. La jornada diaria se inicia al amanecer para evitar el calor de la tarde. Al llegar al albergue lo primero de todo es una buena ducha, lavar la ropa sudorienta y reponer fuerzas con el menú del peregrino que se suele ofrecer en los bares próximos. Si no hay toca cocinarse la comida o tirar de las reservas que lleves en la mochila. Después una buena siesta al son de los ronquidos, visita por el pueblo, compartir experiencias con el resto de peregrinos, cenar, una velada entrañable y a dormir que al día siguiente esperan otros 30 km.

Son muchas las gentes, países, culturas y motivaciones que se entremezclan en el Camino de Santiago. ¡Siempre me admira!. El tinglado de idiomas no es obstáculo para la comunicación surgiendo amistades forjadas en el cansancio, el sufrimiento de largas etapas que se pierden en el horizonte, en las empuñadas cuestas y las tertulias del albergue. A diario descubro nuevas sensaciones, experiencias que no me dejan indiferente, la hospitalidad de la gente, paisajes, formas de vida, lugares donde parece no

haber pasado el tiempo, actitudes, motivaciones. Cada día percibes algo nuevo e inmenso. El camino te reta a quitarte los miedos y a superarte, te invita sutilmente a la improvisación. Te pone a prueba física, mental e interior, te regala el sentido de la libertad, te moja con la lluvia y te seca con el sol. Te ofrece un buen plato de cocido o te deja sin comer porque no hay nada a donde ir. El camino te hace apreciar las cosas pequeñas, vivir solo con lo

imprescindible, lejos de lo superfluo. Una forma de abandonar la rutina y descubrir otras cualidades de la persona, un mundo interior, una reflexión. El camino te enseña a escuchar el susurro de la naturaleza, sentir en tu cuerpo las sensaciones del aire, la tierra, el polvo. Te hace sacar fuerzas de donde no las hay, aprender, descubrir. Incluso saber de que color son los ojos de las vacas.

Al llegar a Nájera nos volvemos a encontrar con Bernar, un gendarme francés, con Mauricio el taxista italiano y con dos brasileñas que unos días antes tuvo que trasladar una patrulla de la Guardia Civil al médico porque algún insecto las había acribillado a picotazos. En tierras de Burgos y Palencia nos acompaña un paisaje árido, sin arbolado, solo cosechas de cereal y los topos por compañeros. En El Bierzo me sale la primera ampolla. Paramos a charlar con una patrulla del SEPRONA, nos informan del itinerario y nos previenen que vamos a encontrar un tramo embarrado y un fuerte descenso que nos hará crujir las rodillas. Dejamos atrás la emblemática Cruz de Ferro y el refugio de Manjarín donde vive Tomás, el último monje y caballero templario. Un paisaje misterioso, salpicado de brezos y hayas que se funden con la niebla nos lleva tras una fuerte subida hasta O Cebreiro, puerta de Galicia.

La vía láctea se acaba, la estrella Polar cada vez está más cerca. Están a punto de finalizar los días de prados, ovejas, calor, sopa de ajo, amigos, ronquidos, cuestas, tiritas, tertulias, albergues... Al llegar a Santiago emoción contenida, abrazos y sensaciones. Tras darle el abrazo al Apóstol y contemplar el vuelo de botafumeiro, nos dirigimos a la oficina del peregrino para poner el último sello y recoger la Compostela, documento que acredita haber realizado como peregrino el Camino de Santiago.

¿Que si repetiría la experiencia?  
¡¡ Por supuesto !! ¿ Cuándo nos vamos ?

Francisco Rodríguez Palma

